



Luz Argentina Chiriboga, *La Nariz del Diablo*

(Quito, Colección Luna Libre, 2010, 126 pp. ISBN 978-9978-317-86-0)

por Anamaría González Luna

De Jamaica a Ecuador, de la costa a la sierra. La novela *La Nariz del Diablo*, es un viaje americano y ecuatoriano a la vez. Luz Argentina Chiriboga, nos relata la historia de un proyecto nacional que tenía como cometido la unificación nacional a través de la construcción de un ferrocarril. Un proyecto en el que participó no sólo el pueblo ecuatoriano sino también más de cuatro mil jamaquinos contratados por la compañía de construcción norteamericana la *Guayaquil and Quito Railway Company* encargada de su realización.

Se trata sin duda alguna de una novela histórica que comienza en Jamaica, en Kingstone, el 8 de septiembre de 1900 y termina en Ecuador, en Durán, el 28 de junio de 1908; de la reinterpretación literaria de la construcción del Ferrocarril más difícil del mundo que en los primeros años del siglo XX uniría las dos realidades de Ecuador: la costa y la sierra.

La nariz del diablo indica un lugar preciso de la cordillera de los Andes, una pared de roca enorme, casi perpendicular, ubicada cerca de la ciudad de Alausí, en la provincia de Chimborazo. Ese lugar, "donde se siente la angustia cósmica y la soledad llora incansable", representó el mayor obstáculo en la construcción de la línea de ferrocarril, y costó la vida de miles de obreros, jamaquinos en su mayoría. Un título, por tanto, que simboliza el triunfo del progreso sobre la naturaleza, pagado a caro precio, y, contemporáneamente, el homenaje a las víctimas que ahí perdieron su vida.

Numerosos datos históricos de lugares, fechas, nombres y sucesos son los ingredientes que permiten a la autora una interpretación histórica que es a la vez recreación y conmemoración. El centenario de la inauguración del Ferrocarril Transandino, el 25 de junio de 1908, y la publicación de la novela en junio de 2010,



confirman esta merecida y meritoria celebración literaria de un proyecto público que cambiaría las condiciones de vida del país y las relaciones entre costeños y serranos.

En este sentido podríamos decir que la novela, en cuanto conmemoración, se une simbólicamente a aquella celebración alegre, sentida y bulliciosa de la inauguración de la ferrovía, rescatada de la memoria en las páginas de la novela. Sin embargo, hay una notoria diferencia entre la historia oficial y la historia contada por Chiriboga: si en la celebración de 1908 el centro de atención se dirigió casi exclusivamente al promotor del proyecto Eloy Alfaro convertido en héroe nacional, en la novela, lejos de restarle importancia a esta figura, se focaliza la atención en quienes han sido descuidados o ignorados por la historia oficial, es decir, los jamaquinos que trabajaron en la ardua construcción de la línea. Y al rescatar estas figuras escondidas, cubiertas por el polvo de los Andes y del tiempo, la autora cuenta de las fatigas cotidianas y los miedos ancestrales de su cultura afroamericana, de los retos personales, de los ritos y cantos comunitarios de todos esos protagoistas de la Historia que en la narración se concretizan en los personajes de los hermanos Marret – Syne y Gregory- del adolescente Lamboreo, de John Karruco, Michael Sandifor y Leona Cuebute.

La narración sigue un línea cronológica continua, marcada por fechas precisas que tienen la función de señalar alguna pausa o el inicio de un nuevo episodio, sin necesidad de dividir en capítulos el texto. La historia del ferrocarril, en algunos momentos personificado – “Monstruo de Acero, Maravilla Negra, Animal Porfiado, Locomotora Emperrada, Serpiente Extraña” – se cruza, se enlaza y se mezcla con la vida de los jamaquinos que se encuentran en un país desconocido por el que trabajan sin descanso con el objetivo de volver a su tierra con dinero para mejorar su condición de vida; enfrentan condiciones geográficas y climáticas duras, arriesgan su vida, mientras hacen realidad el sueño de una nación que no era la suya. Ecuador como tierra de promisión, se transforma en tierra de muerte, de amenaza y de sufrimiento. No obstante, la comunidad jamaquina que describe la autora se solidariza y consolida su identidad en la distancia, en la experiencia de la emigración.

Entre estos obreros Chiriboga introduce una significativa figura femenina, Leona Cuebute, símbolo de una doble lucha: “no por ser mujer y negra” se deja escapar la oportunidad de mejorar sus condiciones de vida, de luchar por sus propios derechos y de convertirse en protagonista de su futuro. La historia de este personaje – forzado a disfrazarse de hombre para poder trabajar – le permite denunciar la discriminación étnica y la discriminación de género, el maltrato físico padecido por tantas mujeres a lo largo de la historia que ha dejado profunda huella, porque “las blancas manos del hombre que viola ‘van dejando macabras heridas en el alma de ellas” (p. 117).

La novela es también un homenaje al presidente Eloy Alfaro, político liberal que marcó la historia del Ecuador de principios del siglo XX; personaje nacional que luchó incansablemente para que ese proyecto se llevara a cabo. Su figura se delinea a largo de una narración construida sobre esos rieles del ferrocarril que él había mandado



construir. Hombre honesto y culto que apostó por el progreso y luchó porque su país pudiera entrar en ese camino tan pregonado por el positivismo de aquellos años. Chiriboga subraya su confianza en el crecimiento económico y la mejoría social de su país, sobre todo su labor a favor de la equidad de los ciudadanos y de la defensa de las minorías. No en vano es quien, en la ficción de la novela, escuchará las denuncias hechas por Leona Cuebute y tratará de limitar los daños padecidos por tantas mujeres.

Resulta, además, interesante notar cómo se atraviesan en la narración algunos temas bien contextualizados en esos primeros años del siglo pasado, que siguen siendo de grandísima actualidad. Junto al de la discriminación étnica y de género, que acabamos de mencionar, encontramos el de la esclavitud escondida en la inmigración, íntimamente relacionado con el de la identidad. Los peones jamaquinos “están dispuestos a ser extranjeros capaces de acoger y asimilar el espíritu del ecuatoriano y demostrar su habilidad y disciplina” (p. 29), en una especie de mestizaje cultural en el que el elemento africano juega un papel incluyente. Además, se sienten capaces de realizar el trabajo que les encomendaren con tal de dejar en alto el nombre de Jamaica. “Para ellos cambiar de mundo no significa perder su identidad sino una transformación personal, al poner en práctica sus costumbres y quizá, modificar su cosmovisión”. Entre los pliegues de la narración se insinúa el tema tan recurrido actualmente de la ecología: en los peones extranjeros se coloca la denuncia de la destrucción del medio ambiente expresada en sus ancestrales creencias: el temor los invade al tener que acatar la orden de echar abajo gran parte de la selva pues saben que el guardián del bosque, el Bambero, los castigará. La naturaleza cobra venganza y se defiende ocasionando graves accidentes y numerosas muertes.

Con el mismo ritmo con el que se va construyendo, el ferrocarril va tomando aspectos distintos: es lo mismo una serpiente de lengua bifurcada que en un dragón que se traga a los peones; es metáfora del progreso para los liberales y del ateísmo para los católicos. Para unos el ferrocarril lanza gemidos lastimeros y prolongados; para otros, es un canto de alegría.

La escritura fina y poética de Chiriboga logra introducirnos, a través de la ficción, en una historia que al ir más allá de las fronteras geográficas se vuelve nuestra historia.

Anamaría González Luna
Università degli Studi Milano Bicocca
anamaria.gonzalez@unimib.it